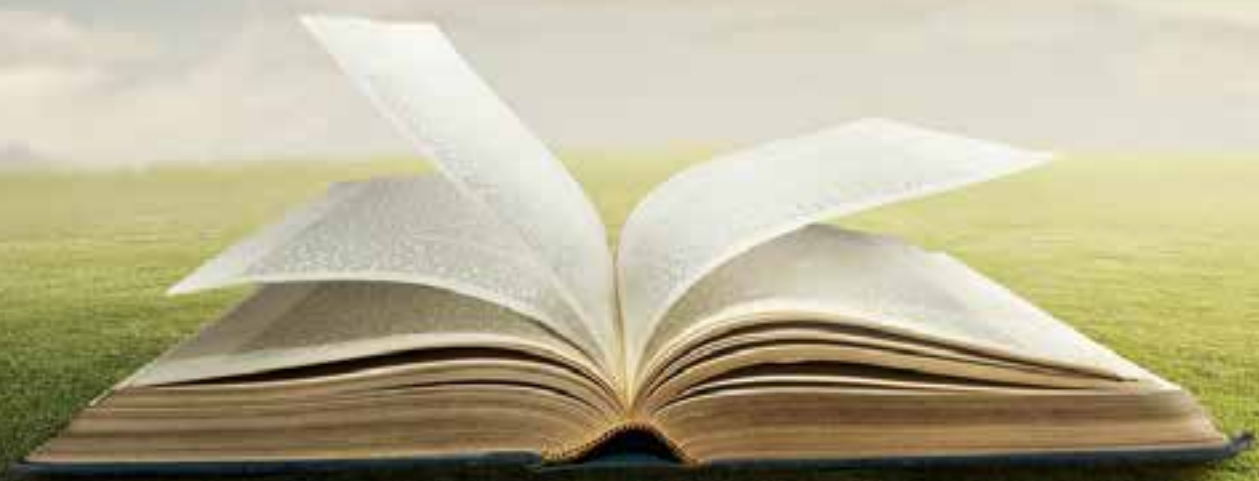


Las
DOCTRINAS
de la
GRACIA
en el
evangelio de Juan



R. BRUCE STEWARD (1936-2006)

Las Doctrinas de la Gracia en el Evangelio de Juan

Contenido

	<u>Página</u>
1. Introducción	3
2. “Depravación total”	6
3. “Elección incondicional”	11
4. “Expiación limitada”	13
5. “Gracia irresistible”	18
6. “Perseverancia de los santos”	22
7. Comentarios finales	25

© Copyright 2007 Chapel Library. Se otorga permiso para reproducir este material en cualquier forma, bajo dos condiciones:

- 1) que el material no se cobre y
- 2) se incluya la identificación del copyright y todo el texto en esta página.

Publicado en EE.UU. por Chapel Library. Para obtener ejemplares adicionales del **libro de texto del curso u otra literatura**, contacte a (en inglés únicamente):

Chapel Library
2603 West Wright Street
Pensacola, Florida 32505 USA
correo electrónico: chapel@mountzion.org
www.ChapelLibrary.org

Para información acerca de **materiales de estudio bíblico y cursos por correspondencia**, por favor contacte a (en inglés únicamente):

Mount Zion Bible Institute
2603 West Wright Street
Pensacola, Florida 32505 USA
Correo electrónico: school@mountzion.org

Los cursos pueden ser bajados del internet en todo el mundo, sin costo alguno en *www.ChapelLibrary.org*.

Reconocimientos

Agradezco a varios amigos especiales por pasar a máquina el manuscrito y por su ayuda con la gramática, y a los miembros de la Iglesia Bautista Englewood en Nueva Jersey, quienes en 1982 escucharon con atención una serie de mensajes basados en este material, igualmente a los miembros de la Iglesia Bautista Grace en Florida, que hicieron lo mismo en 1991. Aprecio las palabras de aliento del Dr. Tom Ascol, del Dr. Aung-Din y de Ernest Reisinger.

Confesando que todas las fallas en esta obra son mías, con gratitud y en espíritu de oración ofrezco este trabajo a Aquel que es digno de todo honor, alabanza y gloria. Mi oración es que lo use en alguna medida para fortalecer y adelantar el conocimiento del Señor y para traer a otros al redil del único Buen Pastor a quien le pertenece toda la gloria.

Dedicatoria

A mi mejor amiga, el “deseo de mis ojos”, mi querida esposa,
Fe Trumbull Steward.

Las Doctrinas de la Gracia en el Evangelio de Juan

1. Introducción

El porqué del Evangelio de Juan

En cada generación, el cristiano en el púlpito y en la banca ha tenido necesidad de contar con una perspectiva clara del evangelio, el cual es “poder de Dios para salvación a todo aquel que cree” (Romanos 1:16). Es de suma importancia que el evangelio proclamado y creído sea el de las “buenas nuevas” de Dios, respaldado por su autoridad y, por lo tanto, basado en su Palabra. Por esta razón, he preparado este breve estudio.

He escogido el Evangelio de Juan porque fue escrito por el discípulo “amado” de Jesucristo expresamente para llevar a los hombres a depositar su fe en Jesucristo (20:30, 31). A lo largo de este Evangelio, nuestra atención se enfoca constantemente en Jesucristo. Leemos de sus señales y sus solemnes palabras a los hombres. El *Evangelio* contiene el relato auténtico de un testigo ocular que escribe lo que vio y oyó, y quien, como apóstol, bajo la dirección del Espíritu Santo, escribió una interpretación fidedigna de las obras y palabras de Jesucristo (14:25, 26; 15:26, 27; 16:13-15; 20:30, 31; 21:24).

Otra razón para escoger este Evangelio es que he sugerido a hombres, mujeres, muchachos y niñas con inquietudes espirituales, que comiencen aquí su estudio de la Biblia. Las iglesias que he pastoreado por más de veintiún años han repartido ejemplares del *Evangelio de Juan* como literatura evangelizadora. He observado que ésta ha sido también la práctica de muchos pastores e iglesias evangélicas.

Como un cristiano evangélico que cree y proclama el evangelio de Jesucristo, es importante para mí que lo que creo y predico sea las mismas “buenas nuevas” que predicó Jesús, que comisionó que sus apóstoles y que la iglesia ha predicado en todas las épocas (vea Mateo 28:18-20; Lucas 24:44-49; el Libro de los Hechos). Los cristianos evangélicos difieren hoy en cuanto a ciertos aspectos del evangelio. Lo admitan o no, son calvinistas o son arminianos.

Dos cuestiones en la historia de la iglesia

Hay dos cuestiones básicas en juego al pensar en adoptar un punto de vista.

1) La primera tiene que ver con el hombre: Desde la Caída del hombre, ¿qué *puede hacer el hombre* para obtener su propia salvación? No es cuestión de la responsabilidad del hombre, porque calvinistas al igual que arminianos mantienen que todos los hombres caídos deben rendir cuentas a Dios, y ambos llaman a todos los hombres a “arrepentirse y creer el evangelio” (Marcos 1:15; Hechos 17:31; 20:21).

2) La segunda cuestión tiene que ver con Dios y qué clase de salvación ofrece a los hombres: Lo que Dios ofrece, ¿es una salvación *real* o una salvación *posible*?

Estas son cuestiones que han sido planteadas repetidamente en la iglesia. Estallaron por primera vez en la controversia entre Agustín y Pelagio a fines del Siglo IV y a principios del Siglo V. A lo largo de la Edad Media fueron tema de discusión entre los teólogos medioevales. En el Siglo XVI, Lutero defendió la posición agustiniana contra Erasmo. Juan Calvino se sumó a la controversia en oposición a la Iglesia de Roma y al semipelagianismo de su época. Estas cuestiones fueron también debatidas en el Siglo XVII en el Sínodo de Dort (años 1618, 1619). En este sínodo, un grupo de hombres seguidores de Jacobo Arminio (fallecido en 1609) presentó una “protesta” contra la interpretación agustiniana-calvinista del evangelio. La respuesta del sínodo con respecto a estas dos cuestiones fue confirmar como verdad bíblica las enseñanzas de Agustín y Calvino y rechazar las de Arminio. La respuesta del sínodo se resumió brevemente en la palabra inglesa “TULIP” que significa tulipán y que en castellano denominaremos D.E.E.G.P.

D.E.E.G.P.

DEEGP es, en primer lugar, un código mnemotécnico (un auxilio para la memoria) y, en segundo lugar, una sigla (cada letra representa una enseñanza importante de las Escrituras) que presenta el punto de vista del sínodo en cuanto a las dos cuestiones en discusión. Hemos de admitir que cada una de las cinco enseñanzas de las Escrituras representadas por DEEGP podrían definirse con más precisión usando otras palabras, pero la sigla cumple el gran propósito de ayudar a definir los temas en discusión. Estas cinco enseñanzas constituyen las “Doctrinas de la Gracia”.

Será provechoso para este estudio considerar brevemente la sigla DEEGP, tomando nota de lo que cada letra representa y el punto de vista opuesto.

D—DEPRAVACIÓN TOTAL (T – Total Depravity)

El hombre (debido a la Caída y después de ella) es un ser totalmente depravado o corrupto; es incapaz de hacer nada para lograr su propia salvación.

El punto de vista opuesto es que, ya que el hombre es responsable ante Dios de arrepentirse y creer el evangelio, debe, por consiguiente, ser capaz de hacerlo.

E—ELECCIÓN INCONDICIONAL (U – Unconditional Election)

Dios, desde la eternidad, escogió incondicionalmente para salvación a algunos de entre la masa de hombres pecadores. Hizo esto no porque previó que creerían al evangelio cuando les fuera ofrecido, sino por su propio amor y el propósito de glorificarse a sí mismo en la salvación de aquellos a quienes escogió libre e incondicionalmente.

El punto de vista opuesto es que la elección de Dios es condicional, que previó quiénes creerían el evangelio y que, basándose en esto, escogió a los mismos para ser herederos de la vida eterna.

E—EXPIACIÓN LIMITADA

(L – Limited Atonement)

Cristo, al sacrificarse en la cruz, cargó con los pecados de aquellos a quienes Dios había escogido incondicionalmente para vida eterna y, de hecho, asegurando así la salvación de aquellos por quienes murió. Por lo tanto, su expiación se limita a ellos.

El otro punto de vista es que Cristo se sacrificó a sí mismo para hacer posible que cada ser humano sea salvo quitando todos los obstáculos que impiden que el hombre reciba la vida eterna si cree en Cristo.

G—GRACIA IRRESISTIBLE

(I – Irresistible Grace)

La gracia de Dios es irresistible para los escogidos (aquellos por quienes murió Cristo), y el propósito de elección de Dios y los beneficios de la obra salvadora de Cristo les será aplicada eficazmente por el Espíritu Santo de modo que sean regenerados y crean el evangelio.

El punto de vista opuesto es que la gracia de Dios puede ser resistida por todos y que recibirla se basa no sólo en la obra del Espíritu Santo sino también en la colaboración del hombre al recibir la gracia de Dios con fe.

P—PERSEVERANCIA DE LOS SANTOS

(P – Perseverance of the Saints)

Los que Dios ha escogido, por quienes murió Cristo, que han sido regenerados por el Espíritu Santo, serán preservados por el poder de Dios, perseverarán en la fe hasta el fin y serán salvos.

El otro punto de vista es que el hombre que realmente cree el evangelio puede en algún o cualquier momento dejar de creer en Cristo y, por lo tanto, perder la vida eterna y perecer eternamente.

Al comenzar a considerar ahora el *Evangelio de Juan*, tengamos en cuenta que hay dos cosas aceptadas sin ninguna duda por todos los que creen que la Biblia —entera y en cada una de sus partes— es la Palabra de Dios infalible y fidedigna.

La *primera* es que el Hijo eterno de Dios, el Logos, nuestro Señor Jesucristo, porque es Dios cuenta con un conocimiento total y exacto de Dios. Él nos ha comunicado en la Biblia un conocimiento de Dios que es suficiente para comprenderlo a él y al camino de la salvación que ofrece (vea Juan 1:1-5, 9-18; y 14:25, 26; 15:26, 27; 16:13-15).

La *segunda* es que el Señor Jesucristo conoce amplia e intensivamente a los hombres, conocimiento que también nos ha comunicado en la Biblia (vea Juan 2:24, 25; 5:33-42; 6:15, 64, 70, 71).

2. “Depravación total”

La cuestión crítica es la depravación total. Hay muchos que profesan creer en este punto (y en el último punto: la perseverancia de los santos), pero realmente no es así. Al dialogar sobre este tema, sostienen que de algún modo, la voluntad del hombre, aunque dañada por la Caída, puede al menos colaborar con la gracia de Dios y de hecho debe hacerlo si ha de recibir la gracia de la vida eterna. No obstante, al estudiar con cuidado el *Evangelio de Juan*, estoy convencido de la verdad de que fuera del nuevo nacimiento, el hombre no recibirá ni puede recibir a Cristo. Las enseñanzas sobre la condición del hombre serán consideradas bajo dos encabezamientos: primero, el *diagnóstico* de la condición del hombre, y segundo, el *pronóstico* de la condición del hombre que da el Gran Médico mismo y Juan, su alumno amado.

El diagnóstico

1. *El conocimiento espiritual del hombre.*

En el prólogo del Evangelio (1:1-18), nos encontramos frente a la condición del hombre después de la Caída (v. 5): “La luz en las tinieblas resplandece, y las tinieblas no prevalecieron contra ella”. Esta es la condición de *ceguera espiritual*: no puede comprender la luz. Más adelante, Jesús le dijo a Nicodemo que “el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios” (3:3). En ocasión del milagro del hombre nacido ciego (c. 9), Jesús aprovechó la oportunidad para destacar que ésta es la trágica condición espiritual del hombre, especialmente del que cree que puede ver (9:39-41). Lo repito, son sólo aquellos que le siguen (y seguir a alguien implica la habilidad de ver) los que no andan en tinieblas (8:12). El hombre es ciego y vive en tinieblas (12:35, 40).

Pero el hombre no es sólo espiritualmente ciego, es también *espiritualmente sordo*. Jesús declara nuevamente que aunque el Padre ha dado testimonio de él por medio de las obras que ha realizado, “Nunca habéis oído su voz... ni tenéis su palabra morando en vosotros” (5:36-38). Por lo tanto, el hombre no tiene la habilidad de recibir ni el testimonio del Padre, ni tampoco el testimonio del Hijo (3:11) y ni siquiera el testimonio de Juan el Bautista, el precursor de Jesús (vea 1:6-8, 15, 19-36; 5:33-36; 8:27-36). Se regocijaban en la luz de Juan pero no en aquel de quien daba testimonio Juan, es decir, no oían lo que Juan decía sobre el importante tema que constituía todo el propósito de su ministerio (1:6-8). Jesús dio la razón por la cual el hombre no comprendía lo que estaba diciendo: “Porque no podéis escuchar mi palabra” [o sea, lo que estoy diciendo] (8:43). Cuando los hombres no pueden escuchar su palabra, ésta no tiene cabida en ellos (8:37).

Por último, el hombre es *ignorante con respecto a las cosas espirituales*. Nos vemos frente a esta verdad en el capítulo 1 del *Evangelio de Juan*. El versículo 5 (La Biblia de las Américas) dice que los hombres no “comprendieron” la Luz; el versículo 10 dice que el hombre no “conoció” la Luz; el versículo 11 dice que no lo “recibieron”, y aun después de que Juan el Bautista lo había presentado (v. 26) no lo conocían. En su conversación con la mujer junto al pozo, Jesús enfatizó la ignorancia espiritual del hombre caído con

respecto a dos asuntos: (1) que Dios tiene un don de gracia que el hombre necesita y (2) que él (el Cristo) es el dador de ese don (4:10-26).

Jesús encontró esta falta de conocimiento no sólo en los samaritanos sino también en Nicodemo, el maestro de Israel (3:10), la multitud de judíos (7:41, 52; 10:20-24; 12:40), los fariseos (8:19), los que profesaban creer en él (8:31, 32, 43, 55), los líderes de las sinagogas (9:16, 29-34) y hasta sus propios discípulos (13:6-9). Afirma que la oposición y persecución que sufrirían sus seguidores por parte de los incrédulos sería “porque no conocen al Padre ni a mí” (16:1-3). El hombre debido a la Caída y después de ella tiene un coeficiente espiritual de 0,00000. Es ciego, sordo y desconoce a Dios, su Cristo y su Palabra (17:25).

2. Los afectos espirituales del hombre.

Los afectos del hombre se manifiestan en lo que ama y lo que aborrece, en lo que le entusiasma y lo que le aburre, en lo que lo motiva y en lo que le apaga la motivación.

Por naturaleza, el hombre siente antipatía hacia Dios, Cristo, la Luz Verdadera, su Palabra y su pueblo. Juan destaca esta antipatía en el capítulo 1 cuando escribe: Él: la Palabra (v. 1), la Vida (v. 4) la Luz (vv. 4, 5, 9) “a lo suyo [el pueblo judío] vino, y los suyos no le recibieron” (v. 11). Esto resume la actitud de los judíos a lo largo de este Evangelio. A pesar de su posición privilegiada como descendientes carnales de Abraham (8:33, 39), y de ser poseedores de la Palabra de Dios en las Escrituras (5:39), cuando Jesús apareció históricamente entre ellos, ellos lo rechazaron. Debido a la condición del hombre como un obrador de maldad, éste no es meramente indiferente a la Luz: no se acerca a la Luz y aborrece la Luz porque expone sus acciones impías (3:20). Esto incluye una aversión por la vida verdadera (5:40). Cuando el hombre es presionado en cuanto a asuntos espirituales, deshonor al Hijo (8:48, 49). La antipatía espiritual del hombre se manifestaba en los días de su carne y su anhelo y plan de dar muerte a Cristo (7:19, 25, 32; 8:59; 10:31; 11:50-53; 12:10).

Dicho positivamente, el hombre tiene una atracción natural por el mal y por adherirse a él. Aborrece la Luz y ama las tinieblas (3:19). La oscuridad es el ambiente en el cual vive, se mueve y tiene su ser. Porque el “gobernante de este siglo” es su “padre”, la voluntad y el ejemplo de éste dominan su vida. Por eso es un mentiroso y un homicida (8:44; 12:31; 14:30). Lo que gobierna su vida no es la voluntad y aprobación de Dios sino el aplauso de sus compañeros esclavos del pecado y de Satanás (7:13; 9:22; 12:42, 43; 19:38).

Jesús enseñó también que el hombre es adicto o está esclavizado de tres maneras. En *primer* lugar, está esclavizado por el pecado: “De cierto, de cierto os digo, que todo aquel que hace pecado, esclavo es del pecado” (8:34). La práctica del pecado es la evidencia de la esclavitud al pecado. En *segundo* lugar, esta adicción al pecado es evidencia de una esclavitud a Satanás: “Vosotros hacéis las obras de vuestro padre”... el cual era, no Abraham como ellos suponían (8:39-41), sino “el diablo” (8:44). En *tercer* lugar, enseñó que el hombre es adicto a sí mismo, y debido al dominio del pecado y Satanás, se engaña pensando que está salvando su vida cuando en realidad la está perdiendo (Juan 12:25).

Judas Iscariote es un ejemplo de esta adicción a uno mismo (12:4-6). Su amor por su propia vida y su anhelo por tener bienes materiales era su dios, y esto lo impulsó a traicionar a Jesús (13:2). Se convirtió en el instrumento de Satanás (13:26, 27) y llevó a las autoridades a arrestar a Jesús en el lugar que éste había escogido para orar (18:1-3, 5). De las anotaciones sobre el carácter de Judas, aprendemos que el hombre que se sirve a sí mismo y sirve a sus propios intereses tiene un dios de lo más terrible, un dios que lo destruye.

3. Las voliciones espirituales del hombre.

Éste es un punto crítico dentro del punto crítico. Es importante reconocer que el hombre toma libremente sus decisiones –pero en base a sus propios intereses (el pecado, el yo y Satanás) y sus afectos que se oponen a Dios, su Cristo y su Palabra. Por lo tanto, sus decisiones, aunque las toma libremente, sólo pueden ser equivocadas.

Jesús enseñó que el hombre sufre de una incapacidad doble.

Primero, el hombre no puede acudir a él para obtener vida. Afirmó: “Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no lo trajere” (6:44). Y vuelve a decir: “Por eso he dicho que ninguno puede venir a mí, si no le fuere dado por el Padre” (6:65). La habilidad de acudir a Cristo para tener vida incluye dos aspectos: (1) una atracción interior generada por el Padre hacia el Hijo y (2) el hecho que el Padre da el don y otorga la habilidad de acudir a Cristo. Enseñó también que los que acuden a él le han sido dados por el Padre (6:37).

Segundo, Jesús afirmó que el hombre no regenerado es incapaz de creer en él. A Nicodemo le dijo: “Si os he dicho cosas terrenales, y no creéis, ¿cómo creeréis si os dijere las celestiales?” (3:12). En su discurso sobre el Pan de Vida, relacionó el creer en él con el venir a él (6:64, 65) Esta relación indica que acudir a Cristo es creer en Cristo. En el mismo discurso declara que sólo los que coman “la carne del Hijo del Hombre y [beban] su sangre” tienen vida en sí mismos (6:53-58). Este es un modo vívido de mostrar la dependencia absoluta del hombre en la persona y obra de Cristo para obtener vida eterna. Como resultado de esta “dura... [difícil] palabra” (6:60), “muchos de sus discípulos se volvieron atrás, y ya no andaban con él” (6:66 cf. 8:30, 31). En su enseñanza sobre el Buen Pastor y sus ovejas, dio la razón de la incredulidad de los judíos diciendo que no eran sus ovejas. Dijo: “Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen” (10:26, 27).

Juan comenta sobre la incredulidad obstinada de la multitud (12:37) diciendo que es el cumplimiento de dos de las profecías de Isaías. En 12:38, cita a Isaías 53:1: “¿Quién ha creído a nuestro anuncio? ¿y sobre quién se ha manifestado el brazo de Jehová?” En los próximos versículos Juan escribe: “No podían creer” (o sea, eran incapaces de creer), porque “cegó los ojos de ellos, y endureció su corazón; para que no vean con los ojos, y entiendan con el corazón, y se conviertan y yo los sane” (Juan 12:39, 40; Isaías 6:10). Jesús mismo se refiere a este no querer venir a él como la voluntad actuando libremente en oposición a él: “Y no queréis venir a mí para que tengáis vida” (5:40).

El hombre, en su vida espiritual interior ante Dios, necesita un nuevo nacimiento para poder “recibir a” Cristo o “creer en” él o “venir a” él (Juan 1:13; 3:3, 5, 7). Sus ojos en tinieblas necesitan ser abiertos y recibir luz para conocer la verdad. Sus afectos descarri-

ados tienen que ser transformados para que pueda amar la luz y aborrecer la oscuridad. Su voluntad obstinada tiene que recibir poder por la obra potente de Dios a fin de que pueda “creer en” Cristo “venir a” él y “seguirle”.

4. La actividad del hombre ante Dios.

El *Evangelio de Juan* enseña con mucha claridad que la expresión de la condición del hombre ante Dios se ve en sus acciones. Jesús enseñó “que los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas. Porque todo aquel que hace lo malo, aborrece la luz y no viene a la luz, para que sus obras no sean reprendidas [expuestas]” (3:19, 20). En el versículo 19, la palabra traducida “malas” indica maldades activas, “perniciosas” o “destructivas”. En el versículo 20, la expresión “lo malo” indica lo “despreciable” de esas acciones, lo “indignas” que son ante Dios. La primera palabra (v. 19) puede ser usada para describir la raíz de alguien cuya vida interior ya hemos descrito en los incisos 1 al 3. La segunda expresión se refiere al fruto que produce semejante raíz: es condenado por Dios (3:18).

La vida del hombre es condenada por Dios por la falta de fe y la desobediencia (3:18, 36). La evidencia de que uno cree en Cristo es que le obedece. La falta de fe (la raíz) produce desobediencia (el fruto). Jesús enseñó que la motivación de los que le obedecen es expresar su amor por él (14:15, 21, 23). Pasa a declarar: “El que no ama no guarda mis palabras, y la palabra que habéis oído no es mía, sino del Padre que me envió” (14:24; 15:23-26). Y así como la meta de obedecer a Cristo es honrarle a él y al Padre que lo envió, desobedecerle es deshonorarle a él y al Padre (5:23 cf. vv. 39-47). Así es que las acciones del hombre son juzgadas como buenas o malas no sólo según la raíz de la que brotan (la vida interior del hombre caído) y lo despreciable del fruto, sino también según su motivación, la cual es el aborrecimiento a Dios y a su Hijo, y según su meta, la cual es deshonorar a Dios y a su Hijo.

5. La condición del hombre ante Dios.

La única conclusión lógica a la que podemos llegar acertadamente según las verdades enunciadas, es que el hombre está espiritualmente muerto. No obstante, la Biblia no nos deja formar nuestras propias conclusiones en este asunto. El *Evangelio de Juan* nos lo afirma claramente.

Primero, Jesús enseñó que el hombre no tiene vida en sí mismo (6:53). Todas sus enseñanzas, en las cuales requiere un “nuevo nacimiento” que procede del Espíritu, un “venir a él”, un “comer de su carne”, “beber de su sangre” y “creer en él” para tener vida eterna, también implican esto (vea Juan 3:1-11; 5:40; 6:53-58; 20:30, 31). Sus afirmaciones de que sólo él es la Vida y que sólo él da vida, exige que creamos que fuera de él y de su don, el hombre no tiene vida espiritual ante Dios (Juan 10:27, 28; 11:25, 26; 14:6).

Segundo, enseñó que la condición del hombre inconverso es de muerte espiritual en el presente. Dice que el que “oye mi palabra y cree al que me envió, tiene vida eterna, y no vendrá a condenación; mas ha pasado de muerte a vida” (5:24). Luego habla del tiempo presente (“y ahora es”) “cuando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios; y los que

oyeren vivirán” (5:25). Un examen cuidadoso del trasfondo de este pasaje demuestra que aquí Jesús se refiere a los muertos espiritualmente. Se refiere a los muertos físicamente como aquellos que están “en los sepulcros” (vv. 28, 29).

Espiritualmente, todos los hombres son como Lázaro (cuando Jesús se acercó a su sepulcro y pidió que la piedra fuera quitada), con el hedor de la muerte sobre ellos, “atadas las manos y los pies con vendas, y el rostro envuelto en un sudario “ (11:38-44). Y así como sólo la voz vivificadora del Hijo de Dios diciendo “¡Lázaro, ven fuera!” (v. 43) pudo sacarlo del sepulcro (v. 44), sólo esa misma voz hablando hoy a los hombres muertos espiritualmente, los llama a una vida espiritual y eterna. Porque el hombre está espiritualmente muerto.

El pronóstico

El Médico que diagnostica también da el pronóstico fidedigno para el hombre. El hombre, si permanece en su condición de muerte espiritual en esta vida, tendrá que enfrentar ciertas consecuencias en el periodo después de la muerte, saldrá a la resurrección de condenación (5:29). Debemos subrayar que el hombre, aunque incapaz de hacer lo que agrada a Dios, sigue teniendo la responsabilidad de agradarle, y está sin justificación ante él (1:5; 7:28; 9:40, 41; 10:37-39; 15:22-25).

Hay tres consecuencias bajo las cuales vive el hombre.

1) El hombre está destinado a estar eternamente perdido.

Jesús le dijo a Nicodemo que sólo los que son creyentes no se perderán y tendrán vida eterna. Por lo tanto, todos los incrédulos se perderán eternamente (3:16). Subrayó a los que estaban en el templo (Juan 8:12-59) que los que no creían en él y no lo seguían, morirían en sus pecados (8:21, 24). Serían echados fuera eternamente (6:37; vea también 8:35; 10:28).

2) El hombre vive bajo la ira de Dios.

Juan el Bautista declaró a sus discípulos que debían poner su fe en “el Novio” (3:27-30), “el Hijo” en cuyas manos el Padre ha colocado todas las cosas (3:31-35). Luego ofreció un contraste entre la situación de los que confían en el Hijo y los que le desobedecen. El creyente tiene vida eterna, pero el desobediente tiene permanentemente la ira de Dios sobre él (3:36).

3) El hombre ya está condenado.

Jesús enseñó que no fue enviado “al mundo para condenar al mundo”: no había necesidad de esto porque el que no cree en él ya ha sido condenado (3:17, 18). Esta condenación será declarada públicamente el día final cuando los obradores de maldad se levantarán a la resurrección de condenación (5:28, 29).

Lo que le espera al incrédulo es terrible, según el *Evangelio de Juan*. El hombre que está envuelto en la mortaja de la muerte espiritual se está perdiendo eternamente, ya se encuentra bajo la ira y la condenación de Dios. Para él, la muerte no traerá la vida en toda su plenitud, sino una condenación máxima, o lo que sólo puede describirse como muerte eterna. Éste es el pronóstico del Gran Médico.

3. “Elección incondicional”

Enfoquemos ahora nuestra atención en Dios –el Dios que amó tanto al mundo que dio a su Hijo unigénito, el Amado, quien desde toda la eternidad “está en el seno del Padre” (1:18; 3:16; 17:24). Este amor por el hombre es asombroso en vista del carácter y la condición de éste como vimos en el capítulo anterior. No hay nada en el hombre, nada acerca de él ni por él que sea digno de amar. No sólo es totalmente corrupto y desagradable a los ojos de Dios, sino que también carece de la capacidad para hacer nada a fin de cambiar su condición o carácter ante el Señor.

No obstante, Dios por su propia voluntad soberana y libre, ha brindado su amor eterno a un número particular de hombres caídos para darles vida eterna. El *Evangelio de Juan* presenta cuatro categorías de declaraciones que enseñan esta verdad.

1. Dios, el Padre santo y justo, ha escogido a algunos para que sean suyos.

Jesús presenta claramente esta verdad en su oración en el capítulo 17 de Juan. Jesús afirma que los hombres que el Padre le ha dado, eran, ante todo, del Padre. Leemos “tuyos eran” (v. 6), “tuyos son” (v. 9) y “todo lo [que es] mío es tuyo y lo mío tuyo” (v. 10). Él ora “que el mundo conozca que tú me enviaste, y que los has amado a ellos como también a mí me has amado” (v. 23) “... porque me has amado desde antes de la fundación del mundo” (v. 24). O sea que hay hombres a quienes el Padre, por su propio amor libre, escogió para que fueran suyos desde antes de la fundación del mundo.

2. Dios, el Padre, ha dado estos escogidos a su Hijo.

Cristo le recuerda al Padre que le ha dado autoridad sobre toda la humanidad, de modo que a todos los que le ha dado, les puede dar vida eterna (17:2). También, uno de los argumentos que presenta para que Dios los guarde en su nombre (17:11) es que él había manifestado su nombre (el de Dios) “a los hombres que del mundo me diste” (17:9). Los versículos 20-24 indican que Jesús no estaba pensando meramente en los once apóstoles como el total que el Padre le había dado. Oímos en el versículo 20 sus palabras: “Mas no ruego solamente por éstos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos” --la palabra que el Padre le había dado, que él a su vez le había dado a ellos (vea vv. 6-8). Ora pidiendo “que todos sean uno” (v. 21), es decir: los apóstoles y los que han de creer en mí por la palabra de ellos”. Esto incluye la iglesia del Siglo I hasta el presente y mientras dure esta era. Sigue en el versículo 24, incluyendo a apóstoles y creyentes de todos los tiempos entre “aquellos que me has dado”. (Vea también 6:37; 10:29).

3. Dios el Padre se los dio a su Hijo, quien se había comprometido a morir para comprarles la vida eterna.

Como este tema será considerado más ampliamente bajo el próximo inciso, sólo lo mencionaré brevemente aquí. En el capítulo 10, hablando como el Buen Pastor, Cristo dice: “El buen pastor su vida da por las ovejas” (v. 11). Continúa diciendo: “Por eso me

ama el Padre, porque yo pongo mi vida, para volverla a tomar. Nadie me la quita, sino que yo de mí mismo la pongo. Tengo poder para ponerla, y tengo poder para volverla a tomar” (vv. 17, 18). Su muerte (“pongo mi vida”) y resurrección (“la vuelvo a tomar”) por las ovejas, coincide con el propósito divino: “Este mandamiento recibí de mi Padre” (v. 18).

A lo largo de este *Evangelio*, Jesús tiene conciencia de la voluntad de su Padre (su mandamiento) que él debe cumplir (4:34; 5:30, 36; 6:38; 17:4; 19:28-30), y de su hora, llena de gran sufrimiento que le espera (2:4; 7:30; 8:20; 12:23, 27; 13:1; 16:32; 17:1). Cuando estaba en el Getsemaní y vio acercarse a Judas con los oficiales de los principales sacerdotes y fariseos “Jesús, sabiendo todas las cosas que le habían de sobrevenir, se adelantó” para recibirlos (18:3, 4). Y, al hacerlo, estaba extendiendo su mano para recibir la copa que su Padre le había dado para beber (18:11).

4. Dios el Padre, quien los había designado para tener vida eterna, ha determinado también darles los medios por los cuales ésta es segura para ellos.

a. El propósito de Dios para ellos es la vida eterna.

Con respecto a la vida eterna como el propósito de Dios para su pueblo:

- 1) Es un don y posesión presentes para los que ha escogido (6:39, 40; 14:2, 3).
- 2) Incluye la esperanza de la resurrección de vida en el día final (5:24, 25, 28, 29; 6:39, 40, 44, 54).
- 3) Incluye estar con Cristo: “Quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo, para que vean mi gloria” para siempre (17:24, cf. 1:14; 17:5).

b. Dios provee los medios para tener vida eterna.

También designa y otorga todos los medios necesarios para recibir y asegurar la vida eterna a sus escogidos:

- 1) Les da la habilidad de acudir a Cristo (6:37, 44, 65).
- 2) Les da la habilidad de ver al Hijo y creer en él (6:40; 10:26, 27). Con respecto a esto, hemos de comprender las afirmaciones de Jesús en cuanto a comer su carne y beber su sangre (6:51, 53-58). Es un modo muy concreto de demostrar de qué se trata creer en Cristo: es una dependencia absoluta de él como la única fuente y el único sustento de la vida espiritual, de la misma manera como la vida física depende de comida y bebida.
- 3) Les da la habilidad de oír su voz y seguirle (8:47, cf. 46; y 10:26, 27, 29).

El pacto de redención

En esta sección hemos presentado dos importantes conceptos teológicos con respecto a la salvación. El primero se trata del pacto entre el Padre y el Hijo, o lo que se ha denominado *Pacto de redención*. El Padre da al Hijo un pueblo, y el Hijo coincide en redimir este pueblo por medio de su muerte (vea los incisos 1 y 2 de este capítulo).

Esto sirve como base para el segundo: el *Pacto de gracia*, en el cual el Padre, como la fuente de la Deidad, y el Hijo, como Cabeza y Mediador de su pueblo, aseguran la

salvación de los escogidos y todos los medios para obtener esa salvación (vea los incisos 3 y 4 de este capítulo). “La salvación es de Jehová” (Jonás 2:9).

4. “Expiación limitada”

“Expiación limitada” significa que la muerte de Cristo tiene la intención de ser exclusivamente para los escogidos y que el efecto de su expiación de hecho asegura su salvación. Por lo tanto, se enfatizan dos cosas:

- 1) que la redención es *particular* y
- 2) que la redención es *lograda* para los escogidos de Dios.

En el *Evangelio de Juan* hay dos clases de pasajes que tratan el tema de la muerte de Cristo. Una presenta la muerte de Cristo cuya intención es salvar a un pueblo en particular. La otra presenta su muerte como teniendo implicaciones universales. ¿Cómo hemos de comprenderlas? ¿Son realmente un antimonio que nunca pueden armonizarse, o hay alguna manera de comprender los pasajes que exaltan las maravillas de la muerte de Cristo?

1. La muerte de Cristo es para una gente en particular.

a. Capítulo 10

El primer pasaje que presenta esta verdad se encuentra en el capítulo 10. Cristo afirma en el versículo 11: “Yo soy el buen pastor, el buen pastor su vida da por las ovejas” y en el versículo 14 a estas ovejas las identifica dos veces como suyas (cf. vv. 3, 4). En el versículo 15 afirma: “Pongo mi vida por las ovejas”. Jesús dirigió estas palabras a los judíos en la Fiesta de los Tabernáculos en el séptimo mes (vea 7:2). Más adelante, en ocasión de la Fiesta de la Dedicación (Hanukkah) en el duodécimo mes, Jesús se encuentra nuevamente en Jerusalén (10:22, 23). Fue entonces que explicó que la incredulidad de los judíos era una señal de que “no sois de mis ovejas” (10:26). Es decir, no le habían sido dados por el Padre y, por lo tanto, ¡no eran el objeto de su muerte redentora!

En el versículo 27 da dos características de sus ovejas: “oyen mi voz... y me siguen” (cf. v. 14). Les brinda la vida eterna destinada a ellas (vv. 28, 29) porque da su vida por ellas (vea los vv. 11-18). Otro pasaje que tiene relación con el tema se encuentra en el capítulo 21. Aquí Cristo restaura y vuelve a comisionar a Pedro (21:15-19). Pedro, bajo el señorío de Cristo deberá ser pastor (vea 1 Pedro 5:1-5) de sus ovejas (vv. 16, 17). La motivación de Pedro para cumplir su obra es su amor por Jesucristo (vv. 15-19), por Aquel que dio su vida por sus ovejas.

b. Capítulo 11

El próximo pasaje se encuentra en el capítulo 11:47-53 (cf. 18:14). Jesús acababa de realizar su último gran milagro público al resucitar a Lázaro (11:38-44). En consecuencia, muchos de los amigos de María creyeron en él; no obstante, algunos fueron y re-

portaron lo sucedido a los fariseos (11:45, 46). Los líderes religiosos judíos reunieron un concilio para decidir el curso de acción a seguir con respecto a Jesús porque había realizado tantos milagros confirmados (11:47). Consideraban a Jesús y sus obras como el origen de intranquilidad pública que pudiera provocar que los romanos recurrieran a medidas severas que aplastarían al estado judío y la estructura religiosa tal como estaba constituida en ese momento (11:50).

Entonces Caifás, el sumo sacerdote, pronuncia una profecía importante (v. 51), aunque para él no era más que una política astuta o una movida política sagaz. Dios habló por medio de las palabras de Caifás como había hablado por medio de la asna de Balaam y por medio de la codicia de Balaam mismo (vea Números 22—24). Estas son las palabras de Caifás: “Vosotros no sabéis nada; ni pensáis que nos conviene que un hombre muera por el pueblo, y no que toda la nación perezca” (11:49, 50).

Aprendemos tres cosas:

- 1) Esta acción de dar muerte a Jesús (11:53) tiene un orden maravilloso en sí (es “oportuna”) en el paso de la historia.
- 2) Su muerte produciría un gran bien al pueblo, es decir al pueblo de Dios, o como lo interpreta Juan: “los hijos de Dios que estaban dispersos” (11:52, es decir: aquellos a quienes Dios ha escogido del mundo y dado el Hijo o que todavía no han creído en él —cf. 10:16; 17:20).
- 3) Su muerte sería el medio para preservar una parte de la nación como pueblo de Dios, “que la nación entera no perezca”. Juan nos informa que en este sentido, “Jesús había de morir por la nación” (v. 51). Esta profecía, que Caifás “no dijo por sí mismo” o por su propia iniciativa, presenta la verdad de que la muerte de Jesús no fue para todos indiscriminadamente, sino para un grupo particular de personas —“los hijos de Dios”—tanto de la nación judía como de otras naciones.

c. Capítulo 13

En el capítulo 13, que relata la Última Cena, leemos: “Antes de la fiesta de la pascua, sabiendo Jesús que su hora había llegado para que pasase de este mundo al Padre, como había amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin” (o, literalmente “totalmente” o “eternamente”). Aquí vemos que su muerte se presenta como motivada por su gran amor por “los suyos”. A lo largo del capítulo, Jesús enfatiza su obra humilde a favor de los suyos e indica que había uno entre ellos a quien su obra no beneficiaría, aquel a quien le dio el pan mojado, Judas Iscariote, el que lo traicionó (13:2-31). Luego presenta esta obra de amor como un ejemplo que sus discípulos debían seguir los unos con los otros: “Que os améis unos a otros; como yo os he amado” (13:34; cf. 31-33). Demostró su amor por ellos al morir por ellos.

d. Capítulo 15

El capítulo 15 contiene el discurso de Jesús acerca de su relación con su pueblo. Él es la Vid Verdadera y el Padre es el Labrador (el que trabaja la viña); sus discípulos son los pámpanos cuya vida depende de la Vid, y son podados por el Padre (15:1-8). Jesús vuelve a tocar el tema de su amor por sus discípulos en el versículo 9. Presenta su amor por

ellos como un ejemplo o modelo que deben imitar (vv. 9-12). Presenta la grandeza de su amor en los versículos 12 y 14: “Nadie tiene mayor amor que éste, que uno ponga su vida por sus amigos. Vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que yo os mando”.

Notemos lo siguiente:

- 1) Su muerte es voluntaria, está dando su propia vida.
- 2) Su muerte es para beneficio de aquellos que considera sus amigos, es decir: un grupo particular de personas.
- 3) Aquellos por quienes dio su vida pueden ser reconocidos por su sumisión a sus mandatos.

e. Capítulo 17

El último pasaje que tiene relación con este tema de una redención particular se encuentra en 17:19, en la oración sacerdotal de Cristo. Ora: “Y por ellos yo me santifico a mí mismo, para que también ellos sean santificados en la verdad”. Ahora bien, la construcción del versículo es tal que lo que hace Jesús es el fundamento de lo que sucederá en la vida de su pueblo. Lo que indica esto es el hecho que el verbo “santificó” es activo y el participio “santificados” es pasivo. La expresión traducida “para que” también indica que lo que sigue es el propósito o el resultado de lo que lo precede en la frase. El que Jesús se santificara a sí mismo indica su total consagración a la voluntad de Dios, la cual culmina en su muerte en la cruz para la consagración de su pueblo a Dios.

El contexto y el contenido de su oración indican lo mismo. Había dicho: “Salí del Padre, y he venido al mundo; otra vez dejo el mundo, y voy al Padre” (16:28). Después de que oró (capítulo 17), leemos: “Jesús, sabiendo todas las cosas que le habían de sobrevenir, se adelantó, y les dijo: ¿A quién buscáis?” (18:4). Y después de que Pedro le cortara la oreja derecha a Malco (18:10), le dijo a Pedro: “Mete tu espada en la vaina; la copa que el Padre me ha dado, ¿no la he de beber?” (18:11). Estaba dispuesto a aceptar la copa del sufrimiento, la cruz.

En la oración misma encontramos los tonos sombríos de muerte y sufrimiento: “Padre, la hora ha llegado; glorifica a tu Hijo, para que también tu Hijo te glorifique a ti (17:1) ...y ya no estoy en el mundo (v. 11) ...y yo voy a ti (v. 13) ...aquellos que me has dado, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo” (v. 24). Estas afirmaciones indican que su consagración a la voluntad de su Padre era tan absoluta que era como si ya hubiera muerto y regresado a su Padre, tanto así que podía considerar su obra ya terminada: “Yo te he glorificado en la tierra; he acabado la obra que me diste que hiciese” (17:4). Declara que el hecho de santificarse a sí mismo en su muerte es por ellos, es decir, por aquellos que el Padre le ha dado (17:2, 6, 9, 20, 24). Su muerte fue para una gente en particular.

2. La muerte de Cristo es universal en su alcance

Aquí consideraremos pasajes que indican que la muerte de Cristo es para “el mundo”, “para todo aquel” y para “todos”. El propósito es determinar si están en desacuerdo con la expiación particular o limitada.

a. “el pecado del mundo” (1:29)

Juan el Bautista enfocó la atención de sus oyentes a Jesús con las palabras: “He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo” (1:29). Al día siguiente, al estar Juan parado con Andrés (v. 35) y un discípulo cuyo nombre no da, conocido como el discípulo “amado” (Juan), exclamó: “He aquí el Cordero de Dios” (1:36). La palabra “Cordero”, aplicada a Jesús, evocó con naturalidad en la mente de su público el cordero pascual y las ofrendas de sacrificio en el templo (vea 2:13, que ayuda a determinar que Juan hizo su anuncio antes de la pascua).

El sorprendente anuncio fue como sigue:

- 1) Jesús, un hombre, moriría una muerte como sacrificio que libraría a las gentes de la esclavitud del pecado: “el Cordero de Dios que quita el pecado...” (cf. 8:36).
- 2) Su muerte no fue sólo para la nación de Israel sino que incluía a hombres de todas las naciones: “...del mundo” (vea nuevamente 11:50-52).

Si comprendemos la manera de pensar de los judíos en el Siglo I y su convicción de que el Mesías era de ellos exclusivamente, entonces podemos comprender esas palabras en su verdadero sentido, y pueden tener el impacto correcto de dar por tierra con el concepto erróneo que los judíos tenían de las profecías del Antiguo Testamento. Entendiéndolas correctamente, el alcance universal de la muerte de Jesús no excluye una redención particular.

b. “levantado” (3:14)

Ahora enfoquemos las propias palabras de Jesús que se encuentran en 3:14-18; 8:28 y 12:32-34. Todos estos pasajes contienen una referencia al hecho de que Jesús sería “levantado”. Juan nos dice que esta expresión era usada “dando a entender de qué muerte iba a morir” (12:33). Jesús dijo: “Y como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado” (3:14); es decir: “Mi muerte es absolutamente necesaria”. Explicó: “para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna” (v. 15). Esto nos dice que el beneficio que su muerte asegura, la vida eterna, es sólo para aquel cuya actitud hacia él es de una fe continua (la fuerza está en el participio presente “cree”). Jesús sigue, diciendo: “Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna. Porque no envió Dios a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él” (3:16, 17).

Notemos lo siguiente:

- 1) La *motivación* de Dios—“amó tanto al mundo”.
- 2) La *acción* de Dios—“ha dado a su Hijo unigénito”, “envió Dios a su Hijo al mundo”.
- 3) El *propósito* de Dios—“para que el mundo sea salvo por él [el Hijo]”, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna”. “El que en él cree no es condenado” (v. 18).

Alcance universal

Una vez más vemos que el *alcance* de la salvación de Dios por medio de la muerte de Cristo es *universal*: “mundo” (cuatro veces en los vv. 16, 17) y “todo aquel” (dos veces en

los vv. 15 y 16). Es también *particular*, para los que se benefician de la muerte de Cristo, los objetos del amor de Dios. Son los que se caracterizan por creer continuamente en él (el participio presente precedido por el sujeto definido: “todo aquel que en él cree” o “el que en él cree”, vv. 15, 16, 18). A la luz de nuestra consideración de la elección incondicional (donde vimos que Dios dio a ciertas personas la habilidad de creer o venir a Cristo), encontramos un enlace de la elección particular y la expiación particular en contextos universales.

En 12:32-34 encontramos prácticamente lo mismo. Allí, Jesús afirma: “Y yo, si fuere levantado de la tierra, a todos atraeré a mí mismo” (v. 32). Esto va seguido de objeciones por parte de sus oyentes. En respuesta a éstas, Jesús destaca la necesidad de creer en “la luz” para poder llegar a ser “hijos de luz” (vv. 34-36). En el versículo 32 la expresión “a todos” está calificado, de modo que tenemos el significado: “Todos los que están creyendo en mí reciben los beneficios de mi muerte”.

c. “Salvador del mundo” (4:42)

La declaración de los samaritanos que se acercaron a Jesucristo por el testimonio de la mujer junto al pozo, está llena de enseñanzas, especialmente a la luz de cómo se va desarrollando el pasaje. Ellos le dijeron a ella: “Ya no creemos solamente por tu dicho, porque nosotros mismos hemos oído, y sabemos que verdaderamente éste es el Salvador del mundo, el Cristo” (4:42). La frase “el Salvador del mundo” expresada por ellos es la culminación del trato de Jesús con los samaritanos y la confesión de éstos de su fe en él. Juan coloca al final esta declaración, y sin crítica ni más comentario, subraya la verdad de la conclusión a la que habían llegado: “verdaderamente éste es el Salvador del mundo”.

Resumamos lo que Jesús había revelado a los samaritanos:

- 1) Él era el Mesías, el Cristo (vv. 25, 26, 29).
- 2) Él era el Dador del agua de vida eterna (vv. 10, 13, 14).
- 3) Reveló que esa salvación ya no sería el privilegio exclusivo de los judíos, ni Jerusalén sería el único lugar correcto para adorar al Padre (vv. 21-24).

Al usar la expresión “el Salvador del mundo”, indicaban que su salvación no era para los judíos solamente, sino también para los samaritanos y, por implicación, para todo aquel que en él creyere (vv. 14, 29, 39, 41).

Lo repetimos, la verdad es: Su salvación es *universal*: “todo aquel”, “el Salvador del mundo” (4:14; 21-24, 42), no obstante, *particular*: “el que bebiere del agua que yo le daré” (v. 14), “los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad” (vv. 23, 24), “el Padre tales adoradores busca que le adoren” (v. 23), “muchos [no todos] de los samaritanos de aquella ciudad creyeron en él” (v. 39), “y creyeron muchos más [no todos]” (v. 41).

Habiendo examinado la declaración del v. 42 a la luz del pasaje, podríamos preguntar: “Pero, ¿qué tiene que ver esto con la expiación que hizo Cristo?” La respuesta: Todo. La expiación por el pecado está en el centro mismo de la declaración de la mujer a Jesús con respecto a la disputa entre judíos y samaritanos (vv. 19, 20). Y para alguien en la

condición de ella, una mujer adúltera (vv. 17, 18, 29), la verdadera resolución del problema sobre: “¿Dónde puedo ofrecer correctamente los sacrificios correctos por mis pecados?” no vendría como respuesta a una pregunta hecha por mera curiosidad. El sacrificio por el pecado era necesario, la salvación del pecado era necesaria. La muerte como sacrificio, sustitución por el pecado, para salvar al pecador, es importante en este pasaje. La expresión “el Salvador del mundo” no incide entonces sobre el concepto del Evangelio en cuanto al significado de la muerte sacrificial de Cristo.

d. “la vida del mundo” (6:51)

El pasaje final que queremos hacer notar en relación con esto es 6:22-59. Jesús es encontrado en la sinagoga en Capernaum (v. 59) por las multitudes a quienes había alimentado el día anterior (vea 6:1-21). Juan nos dice que era cerca de la Fiesta de la Pascua (v. 4), cuando los judíos celebraban su liberación de la esclavitud de Egipto por medio de un sacrificio (vea Éxodo 12). En su discurso sobre el pan de vida (vv. 32-59), Jesús dijo: “el pan que yo daré es mi carne, la cual yo daré por la vida del mundo” (v. 51). El que este “pan que yo daré” es una referencia a su muerte (vea el v. 33) se hace evidente en los versículos 53-56 donde se refiere tres veces a comer su carne y beber su sangre. Su muerte, en la cual la carne y la sangre se separarán (vea 19:33-37), es el medio por el cual la vida eterna es otorgada a los hombres (vv. 51, 53, 54, 56-58). La fe en la muerte que sufrió se presenta vívidamente en los vocablos “come” y “bebe” y “comiere mi carne y bebiere mi sangre”. El significado es claro: Así como el ser humano depende de comida y bebida para tener vida física, debe también depender de la muerte de Cristo para tener vida espiritual y eterna.

Notamos en este pasaje que la palabra “mundo” (v. 51) lleva el sentido de que la salvación es no sólo para judíos, sino también gentiles, al leer que los únicos que obtienen el beneficio de su muerte o vida eterna (incluyendo la resurrección de los muertos) son los que acuden a él (vv. 35, 44, 45; cf. v. 65), creen en él (vv. 35, 37, 40, 47), le han sido dados por el Padre (vv. 37, 38; cf. v. 65), son traídos por el Padre (v. 44) y enseñados por el Padre (v. 45) de modo que puedan comer (vv. 50, 51, 53, 54, 56-58) y beber (vv. 53, 54, 56) su carne y su sangre. Volvemos a subrayar que su muerte es *universal* y *particular*.” Hemos presentado con la expresión “Expiación limitada” el particularismo universal de los beneficios de la muerte de Cristo (vea también Apoc. 7:9, 10 sobre esta importante verdad).

5. “Gracia irresistible”

A fin de poner este artículo de fe en su correcta perspectiva, hagamos un resumen de lo que hemos descubierto hasta este punto. Hasta ahora hemos visto que de entre la masa de hombres *totalmente* depravados (D), Dios ha escogido (E) a algunos *incondicionalmente* para vida eterna: aquellos por quienes murió Cristo (E). En este capítulo

enfocaremos la aplicación de los beneficios de la expiación de Cristo a aquellos por quienes murió y que el Padre había escogido. Es importante hacer notar que lo que está bajo discusión es que la gracia de Dios es irresistible únicamente para aquellos que el Padre había escogido y por quienes murió Cristo. No se trata de que la gracia de Dios no pueda ser resistida por ninguno (vea Hechos 7:51).

1. Dios, en su gracia soberana, transforma por medio de su Espíritu a aquellos que ha escogido de la masa de la humanidad pecadora y ha dado a su Hijo, quien cargó en la cruz el pecado de ellos.

a. La obra de Dios

Al principio mismo de su Evangelio, Juan destaca que los que reciben a Cristo, los hijos legítimos de Dios, los que creen en el nombre de Cristo, lo hacen por la obra de Dios en ellos (1:11-13). Estos son concebidos por Dios, no por ningún privilegio humano ni por ninguna acción humana. La habilidad de recibirlo y creer en su nombre se encuentra en la obra de gracia de Dios para hacerlos hijos auténticos de Dios (1:12, 13). Dios, en su gracia, es el origen del nuevo nacimiento.

Jesús presentó esta verdad en su encuentro con Nicodemo. Subrayó la importancia del nuevo nacimiento para “ver” (3:3) y para “entrar en el reino de Dios” (3:5). Este nuevo nacimiento es obra del Espíritu de Dios (3:5, 6, 8). Es por consecuencia de esto que los hombres mirarán creyendo al Hijo del Hombre “levantado” y verán allí que Dios en su amor dio a su Hijo unigénito para darles vida eterna (3:14-16).

b. Dios da el Espíritu, el Espíritu imparte vida

Dios, en su gracia, da el Espíritu Santo quien imparte nueva vida a los suyos. Juan el Bautista, en su testimonio a los judíos, señaló que el Hijo del Padre tiene el Espíritu sin medida (3:34, 35), y que él, el Cordero de Dios (1:29, 36), el Hijo de Dios (1:34), bautiza con o en el Espíritu Santo (cf. 1 Cor. 12:13). Notamos aquí que el Hijo bautiza a los hombres con el Espíritu Santo, quien en ese momento les da vida espiritual (cf. Juan 6:63).

Uno de los grandes consuelos que Jesucristo ha dado a su pueblo es la seguridad de que en ellos morará otro como él: “El Espíritu de verdad”, “el Consolador”, “el Espíritu Santo” (Juan 14:16-18, 26; 15:26). El Espíritu Santo es el don tanto del Padre (14:16-26) como del Hijo (15:26), enseña verdades de la vida (14:26; cf. 8:32-36) por medio de testificar del Hijo (15:26), glorificándolo (16:13, 14) y convenciendo de pecado, justicia y juicio, que se refiere a Cristo Jesús (16:7-17), porque conocerlo a él es tener vida eterna (Juan 17:3).

Notamos en este Evangelio que Jesucristo da vida eterna a tantos como el Padre (17:1) le ha dado a él (17:2). Les da el agua viva que salta para vida eterna (4:10, 14). El Hijo “a los que quiere da vida” (5:21), aun a los que están espiritualmente muertos a quienes llama a la vida (5:25-27). Se la da únicamente a aquellos a quienes habla, que oyen su voz y viven. Lo repetimos, es sólo un grupo selecto al cual llama sus ovejas, que lo conocen, oyen su voz y le siguen, porque sólo ellos creen en él. (10:26-30). Él da vida eterna a aquellos que le fueron dados por el Padre, y a ellos únicamente (esp. vv. 28, 29).

c. “atraeré”

Jesús usó la ilustración de ser “levantado” en relación con su muerte, como el medio de atraer a sí mismo a los que son de él (12:32, 33). La palabra “atraeré” indica que su muerte captará su atención, sus afectos y actuará sobre la voluntad de ellos de modo que lo seguirán (12:35, 36). Dios, en su gracia, atrae irresistiblemente a los suyos a Jesucristo.

Una ocasión más en que Jesús usó la palabra “atraer” que ha sido traducida en nuestra Biblia como “trajere”, fue en su discurso sobre el pan de vida (6:22-59).

- 1) Enseñó que sólo los que son traídos por el Padre vendrían a él y serían levantados en el día postrero (6:44).
- 2) Estos son los “enseñados por Dios”, “todo aquel que oyó al Padre, y aprendió de él” (6:45; cf. Isaías 54:13).
- 3) Más adelante les dijo a sus discípulos que la habilidad de acudir a él para obtener vida era dada por el Padre (6:65).
- 4) Sabiendo esto, Jesús dijo con autoridad: “Todo lo que el Padre me da, vendrá a mí; y al que a mí viene, no le echo fuera” (6:37) y “yo le levantaré en el día postrero” (6:39, 40, 44, 54). Si un cordón con triple refuerzo no puede romperse fácilmente, ¿puede acaso derogarse una promesa reforzada cuatro veces de la Verdad Viviente?

¡Según nuestro Evangelio, aquellos que fueron escogidos por el Padre son redimidos por el Hijo, regenerados, capacitados para creer, para acudir al Hijo y recibirlo por la gracia irresistible del Trino Dios! Es así que al hombre que estaba muerto espiritualmente le es dada vida espiritual, para confiar, amar y obedecer a Jesucristo (Juan 14:1, 6, 15).

2. Aquellos a quienes Dios transforma no permanecen inactivos ni pasivos, como una piedra o un trozo de madera.

Actúan con todo su ser de un modo que agrada y glorifica a Dios. Vemos esto en los siguientes aspectos de su vida espiritual.

a. En relación con su verdadero conocimiento espiritual y salvador:

- 1) Ya no son ciegos, sino que pueden, y de hecho ven, el reino de Dios (Juan para guiarles a lo largo de la vida (1:9; 8:12).
- 2) Ya no son sordos, sino que oyen la voz vivificadora del Hijo de Dios (5:25; 10:3, 4, 16, 27; 18:37) , “el Cristo” (5:24; cf. 4:42) y “las palabra de Dios (8:47). Sus oídos han sido abiertos espiritualmente y están pendientes de cada palabra que procede de la boca de Dios.
- 3) Ya no son ignorantes, sino que tienen un conocimiento verdadero de Dios. Conocen cada vez mejor (17:26) al Cordero de Dios (1:29:34), su don: el agua viviente (4:10, 14), el Cristo (4:10, 25, 26; 6:68, 69; 17:3), el Salvador del mundo (4:42), las enseñanzas (7:17) y la voz del Buen Pastor (10:3, 4, 14, 27), el Dios verdadero (17:3), el nombre del Padre (17:6-8), y que el Padre ha enviado a su Hijo al mundo (17:25). Al tener este conocimiento, saben sus necesidades y piden que Dios en su Hijo las satisfaga (4:10).

b. En relación con sus nuevos afectos espirituales:

- 1) Jesús da por hecho que sus seguidores lo amarán (14:15, 21, 23; cf. v. 24). En estos versículos destaca que su amor por él no es un sentimiento emocional sino que da como resultado acciones concretas: “Guardad mis mandamientos”.
- 2) El amor del hombre renovado por él ya no se centra en sus propios intereses, deseos y su propio bienestar; de hecho, se destrona a sí mismo (“aborrece su vida en este mundo”, 12:25) y muere a fin de dar mucho fruto (12:24) en servicio a Cristo como su seguidor (12:26).
- 3) Los afectos del hombre renovado se encauzan hacia los seguidores de Cristo, sus seguidores se aman unos a otros (13:34, 35; 15:12, 17). Su amor mutuo se asemeja al amor de Cristo por ellos:
 - a) Es *inteligente*: reconoce que existen necesidades a satisfacer.
 - b) Es *compasivo*: ve que el sufrimiento y malestar son consecuencia de dichas necesidades.
 - c) Tiene *propósito* y anhela satisfacer esas necesidades a toda costa. Esto incluirá oraciones, palabras reconfortantes y acciones para aliviar las necesidades.Vemos que hay un nuevo amor por el Trino Dios, su Palabra y su pueblo (vea 21:15-22).

c. En relación con las voliciones del hombre renovado:

- 1) El hombre renovado es aquel que está dispuesto a cumplir la voluntad de Dios (7:17).
- 2) El anhelo del hombre renovado es permanecer en Cristo y en su amor (15:9, 10).
- 3) El anhelo del hombre renovado es permanecer en la palabra de Cristo (8:31).

d. En relación con la actividad del hombre renovado:

- 1) El hombre renovado es aquel que recibe al Hijo de Dios (1:12, 13), de la plenitud de éste (1:16) recibe favores tras favores (gracia sobre gracia) para suplir sus necesidades (1:16) y recibe sus palabras (17:8).
- 2) El hombre renovado es aquel que cree “en su nombre” o sea en Cristo, el Verbo (1:12, 13; cf. 3:16, 36; 6:68, 69; 9:35-39; 11:45; 20:30, 31), en Aquel que lo envió (17:25), la gloria manifiesta de Cristo (2:11), su palabra (4:41), las palabras del Padre (17:8) y las palabras de los apóstoles con respecto a él (17:20).
- 3) El hombre renovado es aquel que entra en el reino de Dios (3:3) por medio de “la puerta de las ovejas”, Jesucristo (10:7, 9).
- 4) El hombre renovado es aquel que viene a Cristo (es decir: acude, 6:37, 44, 45; cf. v. 65).
- 5) El hombre renovado es aquel que “come” el pan de Dios y el pan de vida (6:51), la carne del Hijo del Hombre (6:53-56) y “bebe” la sangre de Cristo (6:53-56) y el agua de vida (4:10, 14).
- 6) El hombre renovado es aquel que es discípulo o seguidor de Jesucristo. Ambas palabras sugieren una actividad tenaz (vea 1:34-51; 8:31; 10:27; 13:34, 35).

- 7) El hombre renovado es aquel que es un hacedor: pone en práctica la verdad (3:21) y realiza las obras de Dios (6:27-29).
- 8) El hombre renovado es aquel que es adorador del Trino Dios (4:23, 24; 9:38; cf. 20:27, 28).

Vemos en la vida del hombre renovado, en todas sus facultades y actividades, una vida nueva vivida bajo la dependencia absoluta de Dios, pero vivida por él.

6. “Perseverancia de los santos”

Llegamos ahora a la última letra en nuestra sigla DEEGP. La P representa la perseverancia de los santos. Declara que aquellos a quienes Dios ha escogido, por quienes murió Cristo y que el Espíritu ha llamado con eficacia, perseverarán en la fe hasta el fin (ya sea la muerte o la segunda venida de Cristo) y experimentarán la plenitud de la bendición de la vida al contemplar para siempre la gloria de Cristo. Ahora bien, “vida eterna” incluye muchos aspectos. Es una posesión presente y una promesa a ser cumplida más plenamente en el futuro. Es *cuantitativa*, es decir: una clase de vida diferente de la que el hombre tiene por naturaleza, y es *cuantitativa*, es decir: es una vida que comienza ahora, sobrevive a la tumba, se manifiesta en la resurrección del cuerpo y sigue para siempre contemplando la gloria de Jesucristo (4:14; 5:24, 25, 28, 29; 10:9, 10; 11:25, 26; 14:1-6; 17:24). Afirma que los que realmente creen en Cristo perseverarán en la fe hasta el fin (ya sea por la muerte o la segunda venida de Cristo) y gozarán la plenitud de la bendición de la vida al contemplar para siempre la gloria de Cristo.

1. El pueblo de Dios es preservado por su gracia para vida eterna.

a. *El fin que el Padre tenía en mente*

La perseverancia de los santos es el fin que el Padre tenía en mente cuando le dio ciertos hombres a Cristo (vea “Elección incondicional”). Jesús enseñó:

“Y esta es la voluntad del Padre, el que me envió: Que de todo lo que me diere, no pierda yo nada, sino que lo resucite en el día postrero. Y esta es la voluntad del que me ha enviado: Que todo aquel que ve al Hijo, y cree en él, tenga vida eterna; y yo le resucitaré en el día postrero” (6:39, 40).

Note por favor que en el versículo 39 los santos son considerados en su suma total “todo lo que me diere”, por lo tanto “todo” (la suma total) será resucitado en el día postrero. En el versículo 40, “todo aquel” es considerado individualmente (“cada uno”) con la señal de identificación de que a su tiempo ha creído en el Hijo y que por lo tanto resucitará “en el día postrero”.

Hablando de sus ovejas, Jesús dijo:

“Y yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano. Mi Padre que me las dio, es mayor que todos, y nadie las puede arrebatar de la mano de mi Padre. Yo y mi Padre uno somos” (10:28-30).

¡Jesús enseña claramente que sus ovejas (1) le fueron dadas por su Padre, (2) a ellas les es dada vida eterna y (3) permanecen seguras en las manos del Buen Pastor y del Padre de modo que nunca perecerán!

b. Uno de los propósitos por el cual Cristo se ofreció a sí mismo

La perseverancia de los santos es uno de los propósitos por el cual Cristo se ofreció a sí mismo en la cruz (vea el capítulo “expiación limitada”). Enfatizó esto a Nicodemo en Juan 3:14-16:

“Y como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna. Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna”.

A fin de resumir esto versículos, Jesús declaró tanto negativa (“no se pierda”) como positivamente (“tenga vida eterna”) que la meta del Padre al dar por amor a su Hijo para morir en la cruz es que puedan tener vida eterna.

Cuando Jesús presentó su discurso sobre el Buen Pastor, dijo: “Yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia. Yo soy el buen pastor; el buen pastor su vida da por las ovejas” (10:10, 11). Llama “vida abundante” a la vida eterna e incluye la promesa de que “no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano” (10:10, 28).

El propósito por el cual Cristo murió por sus ovejas es un argumento fuerte para motivarlas a perseverar en la fe.

c. La meta de la gracia irresistible de Dios traer a los que escogió

La perseverancia de los santos es la meta de la gracia irresistible de Dios al traerlos a depositar su fe en Jesucristo. Jesús enfocó esta verdad al igual que la verdad de la deprecación (incapacidad) total del hombre en una declaración. Dijo a los que murmuraban debido a su afirmación de que había bajado del cielo: “Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no lo trajere; y yo lo resucitaré en el día postrero” (6:44). Anteriormente en este discurso conectó la *elección incondicional* (“todo lo que el Padre me da”), la *gracia irresistible* (“vendrá a mí”) y la *perseverancia final de los santos* (“y el que a mí viene, no le echo fuera”—Juan 6:37). De hecho, todas las evidencias de la gracia irresistible de Dios --“venir a Cristo”, “creer en Cristo”, “comer su carne y beber su sangre”—comunican vida eterna (6:35, 40, 44, 47, 50, 51, 54, 57, 58). Este discurso, que causó tanta disconformidad y provocó que muchos de los que seguían se apartaran de él, motivó la declaración de Pedro a Jesús, que desde entonces ha resonado en el corazón de su pueblo: “Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna. Y nosotros hemos creído y conocemos que tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente” (6:68, 69). La gracia irresistible de Dios es una promesa garantizada de la perseverancia final de los santos.

d. Un motivo por el cual oró Jesús

La perseverancia de los santos fue un motivo por el cual oró Jesús. En su oración en Juan 17, Jesús oró por sus apóstoles (vv. 6-19) y por todos “los que han de creer en mí por la palabra de ellos [de los apóstoles]” (v. 20). A lo largo de esta sección (vv. 6-26), oró que el Padre los guardara: (1) “en su nombre”, la gran revelación del Padre por medio de todos sus imponentes atributos dignos de adoración y (2) “del maligno”: Satanás y todo su poder engañoso y destructor del alma. El versículo 24 presenta la razón de esto, cuando oró: “Padre, aquellos que me has dado, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo, para que vean mi gloria que me has dado”. Usó un gran argumento para pedir el cumplimiento de su anhelo en su plegaria al Padre: “porque me has amado desde antes de la fundación del mundo”. ¡Qué seguridad enorme da a los que creen en él, el hecho de que estarán con él (en el cielo)! Su oración es un argumento a favor de la perseverancia final de los santos.

Resultará evidente a todo el que se tome el tiempo para hacer una lista de todas las referencias a la vida eterna en el Evangelio, que la afirmación de que los que la tienen nunca se perderán y que resucitarán “en el día postrero”, llenaría muchas páginas más si fueran catalogadas y comentadas. Por lo tanto, dejo esto a cargo del lector y paso a hacer algunas observaciones finales.

2. El pueblo de Dios persevera por su gracia para vida eterna.

a. Su pueblo persevera para vida eterna en su fe.

En las siguientes referencias, el verbo o el participio están en tiempo presente en griego, un tiempo que indica no sólo un tiempo dado, sino una actividad continua. Permítanme ilustrar esto usando el caso del participio en 1:12, “...a los que creen [*que continuamente creen*] en su nombre...” Las palabras en cursiva son una traducción más completa de “Los que creen” (cf. 3:15, 16, 18; 4:36; 5:24; 6:35, 40, 47; 11:25, 26; 14:1—“Esté creyendo continuamente en Dios, y creyendo continuamente en mí”, mi traducción; 20:31; también el testimonio de los samaritanos en 4:42 y sus discípulos en 16:29-33). En contraste, Jesús usa este mismo tiempo presente continuo en 10:25, 26 al referirse a los que no son sus ovejas.

Otro modo en que Jesús enseñó que los suyos perseverarían en su fe, es que vendrían continuamente a él (6:35, 37, 44, 45) y al Padre (14:6). ¡Esto da por tierra con la noción moderna de que “hacer manifestación de fe” una vez es ser salvo!

b. Su pueblo persevera para vida eterna en su discipulado.

Permanecen (esto es algo continuo y permanente) en su palabra (8:31), oyendo la palabra (5:24) y su voz (10:27; 18:37) y guardando sus mandamientos como la expresión de su amor por él (14:15, 21-24; cf. 13:34, 35; 15:10-12, 14, 17; 21:15-17). Ellos, siendo sus seguidores (8:12; 10:27; 12:26), viven una vida santa porque ya no son esclavos del pecado (5:14; 8:11, 31-36).

c. Su pueblo persevera para vida eterna manteniendo y encontrando alimento espiritual en su peregrinaje.

- 1) Están comiendo a Cristo, el Pan de Vida (6:58); están comiendo su carne y bebiendo su sangre (6:54-56).
- 2) Están continuamente acudiendo a Cristo para tener más de su Espíritu cada vez que sufren una necesidad (cuando tienen “sed”, 7:37-39, o sea: “que siga viniendo a mí y que siga bebiendo” –nota marginal en La Biblia de las Américas).
- 3) Por medio de la oración, reciben la ayuda prometida en sus obras (14:13-16; 15:23, 24).

d. Su pueblo persevera en obras que duran ante Dios (3:21; 5:28, 29; 15:16).

Por lo tanto, es una verdad que porque Dios los preserva, su pueblo persevera en el camino de la fe, el discipulado, alimentándose y en buenas obras. Porque han recibido vida eterna, están viviendo para la eternidad.

7. Comentarios finales

Dos preguntas contestadas

1. “¿Qué puede hacer el hombre desde la Caída para lograr su propia salvación?”

Creo que la pregunta: “¿Qué puede hacer el hombre desde la Caída para lograr su propia salvación?” ha sido contestada claramente: ***absolutamente nada***, en razón de que es total e incurablemente depravado. Si el hombre ha de tener salvación, sólo Dios puede iniciarla, darla y preservarla para vida eterna. (Vea el capítulo “Depravación total”).

2. “¿Es lo que Dios ofrece una salvación real o una salvación posible?”

Creo que la segunda pregunta ha sido contestada adecuadamente: “¿Es lo que Dios ofrece una salvación real o una salvación posible?” La salvación que Dios ofrece el hombre es una ***salvación real***. Esta salvación se basa en el propósito inmutable y eterno de Dios de salvar a algunos, por el sacrificio y la obra consumada de Cristo en la cruz (vea 19:30), por el hecho de que Dios trae a los hombres eficazmente a Cristo y su propósito de que tengan vida eterna ahora, de que serán levantados en el día postrero, estarán con Cristo y contemplarán su gloria para siempre (vea los temas: “Elección incondicional”, “Expiación limitada”, “Gracia irresistible” y “Perseverancia de los santos”).

Estas enseñanzas producen tres cosas en la vida cristiana

Creo que un cuidadoso estudio y meditación de estas enseñanzas producirán tres cosas en la vida cristiana:

a. Alabanza al Dios de la salvación.

Cuando el cristiano reflexione en la gran salvación que el Dios de Amor y Gracia le ha otorgado, encontrará que su corazón se llena de adoración y maravillado asombro que sólo puede expresar en oración, alabanza y acción de gracias. Joseph Addison escribió:

*Cuando todas tus misericordias, oh mi Dios, mi alma contempla,
Transportado por la visión me lleno de asombro, amor y alabanza.*

*Por diez mil dones preciosos, mis gracias doy cada día;
Y con gozoso corazón de esos dones disfruto con alegría.*

*A través de todos los periodos de mi vida, tus bondades gustaré;
Y después de la muerte, en mundos distantes, el tema glorioso renovaré.*

*Cuando la naturaleza falle, y el día y la noche no dividan ya tus obras,
Oh Señor, por tus misericordias te adorará mi corazón agradecido.*

*Por toda la eternidad a ti un canto gozoso cantaré;
Pero, oh, qué breve es la eternidad para alabarte como mereces.*

Con razón pudo exclamar en su lecho de muerte: “Vean con cuánta paz puede morir el cristiano”.

b. Humildad delante de Dios.

El cristiano, al considerar las misericordias de Dios hacia alguien como él, se despojará todo vestigio de orgullo y fariseísmo. Encontrará en sí mismo y en lo que ha hecho, razón para humillarse grandemente ante el Señor. Dejará a un lado todos los pensamientos de su propia bondad y mérito, no sólo en sus pecados sino en sus buenas obras. Como dijo David Dickinson, “los dejará en dos montones, huirá de ellos y volará a Cristo”. Lo enseñado aquí producirá humildad de corazón.

c. Devoción a Dios y su Palabra.

Estas doctrinas de la gracia que llenan el corazón de maravillado asombro, llenará la boca de alabanza, la cabeza de conocimiento, las manos de trabajo, y encaminará los pies por sendas de obediencia. Aumentará la devoción al Trino Dios y a su voluntad que revelan las Escrituras.

1) En su adoración.

Tanto en la adoración privada como pública habrá un anhelo por acercarse a Dios en la forma como su Palabra revela que es aceptable a él. Habrá cautela en aceptar nuevas modalidades de adoración que sólo proporcionan entretenimiento o emoción. Junto con esto, habrá un anhelo por chequear las costumbres cómodas para ver si en realidad cumplen los requisitos de la Palabra de Dios. Causará que el corazón encuentre descanso sólo en el Dios que se revela en la Escrituras, el único que merece ser adorado (Sal. 29:1, 2).

2) En su testimonio.

Comprender que estas cosas (DEEGP) son enseñadas en las Escrituras y especialmente en un libro (el *Evangelio de Juan*) que fue escrito para evangelizar (20:30, 31),

causará que el pastor y el laico cristiano anuncien al mundo incrédulo “todo el consejo de Dios” (Hech. 20:27). Reconocerán que cualquier intento por suavizar el impacto de estas verdades es un acto de infidelidad a Dios y la palabra por la cual el Espíritu Santo convence al mundo de “pecado, de justicia y de juicio” (16:7-11). Sabrán que las verdades son humillantes, debido a que han sido humillados porque ellas exaltan la majestad de Dios, porque han visto en ellas la majestad de Dios; que hacen callar al pecador porque su ayuda sólo viene de lo alto, porque él ha sido rescatado por la ayuda de lo alto, por Jesucristo, “el Salvador del mundo” (4:42). Por lo tanto, en su testimonio, el cristiano demostrará su amor por Dios siendo fiel a su Palabra y demostrando su amor a sus semejantes al presentarles la realidad de su situación ante Dios.

3) *En sus obras.*

Alguien bien a dicho: “La doctrina es gracia y el deber es gratitud”. El cristiano que llega a conocer estas verdades benditas expresará de corazón su gratitud a Dios por todo lo que hace. Y es así que la obra de su vida será dirigida por las Escrituras de modo que sea cual fuere su vocación, lo guiarán ciertos principios que se aplican a lo que la Biblia llama buenas obras. Una obra es buena cuando: (1) su meta es la gloria de Dios (Mateo 5:16); (2) surge del amor a Dios (Juan 14:15, “Si me amáis...”); (3) coincide con la voluntad de Dios (Juan 14:15, “...guardad mis mandamientos”) y (4) beneficia al ser humano (Mateo 5:13, 14). Por lo tanto el cristiano que conoce la gracia de Dios se esforzará por hacer de toda su vida un testimonio de su gratitud a Dios.

Para resumir este punto: El cristiano que recibe correctamente estas enseñanzas está constantemente buscando su doctorado en la universidad de Cristo por medio de una vida de alabanza, humildad y devoción ante un Dios bueno y de gracia.

Estos temas de la gracia divina que presenta el Evangelio de Juan se encuentran en toda la Biblia: en el Antiguo y el Nuevo Testamento. El conjunto de estas verdades se encuentra en el Salmo 65:3, 4:

“Las iniquidades prevalecen contra mí...” — *Depravación total.*

“Mas nuestras rebeliones tú las perdonarás — *Expiación limitada.*
[Lit. las cubrirás, las expiarás]

“Bienaventurado el que tú escogieres...” — *Elección incondicional.*

“y atrajeres a ti” — *Gracia irresistible.*

“seremos saciados del bien de tu casa, de tu santo templo”
— *Perseverancia de los santos.*

El antiguo himno por Philip Doddridge, con estrofas adicionales por Augusto Toplady (3, 5, 6), presenta la adoración reverente del corazón cristiano cuando contempla estos aspectos de la gracia de Dios:

*¡Gracia! Sonido cautivante, armonioso al oído;
El cielo con su eco resonará, y toda la tierra oirá.*

*La gracia el camino para salvar al rebelde primero encontró;
Y esa gracia se vio en los pasos que el maravilloso plan trazó.*

*La gracia empezó inscribiendo mi nombre en el libro eterno de Dios;
Fue la gracia que me dio al Cordero, quien con todos mis pesares cargó.*

*La gracia llevó mis pies errantes a caminar por el camino celestial;
Y nuevas riquezas cada hora encuentro al seguir adelante hacia Dios.*

*La gracia le enseñó a mi alma a orar, y llenó de lágrimas mis ojos;
Fue la gracia la que me guardó hasta este día, y la que no me soltará.*

*La gracia toda la obra coronará a lo largo de días eternos;
Coloca en el cielo la roca cumbre, y la alabanza bien merece.*

*¡Oh, que tu gracia inspire mi alma con fortaleza divina!
¡Que con todas mis fuerzas a ti aspire, y tuyos sean todos mis días!*

¿Inseguro?

Quiero decir una palabra más a los que hayan leído estas páginas y se sienten inseguros de su condición espiritual ante Dios en este momento. Es una cuestión de suma importancia, una que el *Evangelio de Juan* explica para dar información fidedigna (20:30, 31). Jesús ha diagnosticado cuidadosamente nuestra condición ante Dios (vea “Depravación total”). También ha recetado el remedio, el cual es una relación personal con Dios por medio de la fe en él (14:6; 17:3).

Él lo llama a usted de muchas maneras para que acuda a él. Para el que sabe sus pecados y es dueño de ellos, él es el “Cordero de Dios que quita el pecado del mundo” (1:29). Para el que está pereciendo en sus pecados, él es como “la serpiente en el desierto” levantada por Moisés, que da vida a todos los que creen en él (3:14-16). A los sedientos espirituales, les da “el agua de vida” gratuitamente (4:10, 14; 7:38, 39). Para el que tiene conciencia de que está condenado ante Dios, su Palabra, escuchada y creída, es el pasaje para pasar de muerte a vida (5:24). Para el hambriento, él es el Pan de Dios (6:33, 35). Para el que anda perdido en tinieblas, él es “la luz del mundo” (8:12). Para el que anda sin rumbo en su ignorancia, él es el “Buen Pastor” (10:11). Para el que le tiene miedo a la muerte o sufre por ella, él es “la resurrección y la vida” (11:24, 25). Para el que está lleno de dudas e incertidumbres, él es “el Camino, la Verdad y la Vida” (14:6). Para el que está separado de la fuente de la vida, él es la “Vid Verdadera” que da vida a los pámpanos (15:5).

Al concluir, sólo me queda señalarle al Señor, diciéndole que acuda a él con fe, recordando que él ha dicho: “El que a mí viene, no le echo fuera” (6:37).

